

# La nueva solidaridad entre la postmodernidad

**L**as funciones con que se han presentado las Organizaciones No Gubernamentales para el Desarrollo (ONGD) han ido evolucionando en el transcurso de los últimos años. El contexto, de rápida transformación, y la inmersión en un difícil mundo supeditado a los intereses económicos han precipitado la adopción de decisiones que, tal vez, intentaban evitar el precipicio de la desaparición. Por ello, ha llegado el momento de replantearse la orientación de ese camino. Estas organizaciones tienen su hueco en la sociedad y se pueden convertir en portavoces y mecanismos para facilitar la participación ciudadana. Pese a que vivimos una solidaridad devaluada, en el marco del relativismo y la posmodernidad, en esta sociedad hay sitio para las ONGD.

## LA GLOBALIZACIÓN QUE LO EMPAPA TODO

Los últimos cincuenta años han estado dominados en todo el mundo por un proceso de progresiva planetarización de la economía. Como indica Levitt, la más concreta instauración de dicho proceso la representa la internacionalización de los mercados. No debemos olvidar, sin embargo, otros dos aspectos que también suman enteros en la comprensión del mapa global: la concentración del poder económico en grandes conglomerados empresariales y la consolidación de un potente mercado financiero. A pesar de todo ello, es necesario constatar que una completa descripción de la mundialización –término utilizado por los teóricos franceses– no debería encorsetarse a los aspectos exclusivamente económicos. Hoy se extiende una corriente que sólo observa la actual coyuntura desde un cristal meramente economicista.

Los más críticos con la globalización aseguran que sus ramificaciones alcanzan todos los ámbitos de la vida y de las relaciones sociales, y que no se puede entender uno de ellos sin descifrar la evolución de los demás. Las consecuencias de unas decisiones macroeconómicas a gran escala tienen su repercusión en otras esferas. Por ejemplo, en el campo de lo social, estableciendo nuevas dinámicas productivas que tienen su trascendencia en las relaciones laborales, en la implantación de nuevos modelos sociales, en la precarización del empleo y en la dificultosa organización de la discrepancia (sindicatos, plataformas, movimientos sociales...). En el ámbito de lo político, restando influencia, poder y peso estructural a los Estados. El desmantelamiento –o privatización– de las grandes corporaciones públicas, la generalizada externalización de diferentes servicios de la administración y la pérdida de las mínimas garantías para la protección de los ciudadanos en las principales prestaciones que genera el Estado de bienestar dibujan un panorama nuevo. El poder no reside ya en lo político, sino en lo económico. Como afirma Giddens (1999), se ha configurado una nueva “tercera vía”, una especie de ejercicio del poder mixto, muy apegado últimamente a la visión socialdemócrata, que intenta hacer políticas públicas sin aniquilar la visión neoliberal.

Por último, la esfera cultural sufre un importante debilitamiento con el establecimiento del modelo global. La homogeneización de las identidades, seguida muy de cerca de una paulatina aculturación de las minorías (étnicas, ideológicas y artísticas) y la mercantilización de la cultura configuran un espacio de “aldea global” muy diferente al que describiera McLuhan. Vivimos en tiempos de exaltación de la multiculturalidad, pero de la cultura *Benetton*, de un mestizaje tejido a

## y la sociedad global



Galería de Papel. Garciázo Pumar, fotógrafo. Andreina Mujica. Caracas, 2005

*Entre el avance de los Estados y las empresas, y su actuación como organizaciones, aparecen las ONGD's, cuya presencia en el contexto actual fomenta una nueva "tercera vía". Sus actividades comprenden el trabajo social orientado al desarrollo y puede ser de corte global y local. Ante la postmodernidad, Juan Pagola propone que su labor incluye el trabajo con los imaginarios comunicacionales mientras aplica conceptos como solidaridad, pedagogía democrática y participación para fortalecer los espacios propios de la sociedad civil.*

■ **Juan Pagola**

medias que no logra ubicarse en un espacio de convivencia intercultural, y por lo tanto integrado. El protagonismo de los medios de comunicación se convierte en trascendente en la difusión de las imágenes y los patrones de consumo que se globalizan a marchas forzadas. El ocio se explota entre las clases media y alta a modo de nuevo mercado, ilimitado en posibilidades pero poco innovador. Los *mass media* son los principales transmisores de la cultura global y diseñan el imaginario que reside en nuestra razón. Su capacidad para construir una cosmovisión de la realidad es enorme. No sólo influyen en el montaje del escenario, sino que también participan en la consolidación de actitudes y en la creación de necesidades.

Este modelo de desarrollo ha traído consigo una significativa ampliación de las diferencias entre el Norte y el Sur. En muchas regiones del globo éstas se han acrecentado motivadas por la irrupción desmesurada del factor tecnológico y la mercantilización del mismo. Las nuevas tecnologías, y especialmente Internet, contribuyen a hacer visible el progresivo proceso de globalización porque facilitan la creación de redes entre ciudadanos de muy distantes lugares, pero sobre todo se conforman en el primordial canal de circulación de la economía ficticia. Con el indiscutible progreso impulsado por las TIC se añade también una nueva variable para medir el desarrollo y se agranda el abismo que le distancia del subdesarrollo (la brecha digital). No estar “enganchado” a las nuevas tecnologías, supone un desapego de la realidad narrada y un retroceso en el acceso a la información.

Además del desarrollo desigual que la tecnología ha propiciado, otros factores como el abandono por parte de las potencias de sus colonias en África y Asia a lo largo del siglo XX, las duras condiciones arancelarias que han impuesto a estos mismos países, primero el GATT y hoy la OMC, o el enconamiento de la deuda externa han coadyuvado al agravamiento de la situación. Desde los inicios del siglo pasado los organismos plurinacionales han prestado una atención primordial al fomento del desarrollo, pero lo han hecho de muy diversas formas. Se ha evolucionado desde las teorías del desarrollismo hasta las de cooperación. Desde una visión vertical y de dominio del Norte sobre el Sur, hasta una aproximación al enfoque horizontal de las relaciones en las que se entiende que se debe conceder a los países en vías de desarrollo la voz y el voto en las decisiones sobre su futuro.

“

**Las ONGD se han convertido en pieza clave de la cooperación al desarrollo durante todos estos años. Desde que al final de la II Guerra Mundial, con el explícito reconocimiento de Naciones Unidas, empezaron a surgir las primeras organizaciones, éstas han proliferado más en Europa y EEUU**

”

Las ONGD se han convertido en pieza clave de la cooperación al desarrollo durante todos estos años. Desde que al final de la II Guerra Mundial, con el explícito reconocimiento de Naciones Unidas, empezaron a surgir las primeras organizaciones, éstas han proliferado más en Europa y EEUU. El origen de este nacimiento se asienta en tres factores: su compromiso para gestionar la Ayuda Oficial al Desarrollo que se otorgaban a los países empobrecidos, la coyuntura en la recuperación de posguerra y la descolonización. La Coordinadora de ONGD de España las define de este modo en su *web*: “Son organizaciones estables que trabajan principalmente en la Solidaridad Internacional. Disponen de una mínima estructura (oficina, personal, recursos económicos). Tienen personalidad jurídica (pueden ser asociaciones o fundaciones) y capacidad legal de acuerdo con la normativa vigente. Poseen respaldo y presencia social en forma de socios/as y colaboradores/as”.

Las ONGD se han clasificado tradicionalmente siguiendo cuatro niveles generacionales. **Las de primera generación**, en las que subyace una actitud asistencialista de tipo caritativo, son de carácter religioso y humanitario y nacen a la sombra de las consecuencias de la guerra.

Las **ONGD de segunda generación**, de tipo desarrollista, vienen acompañadas por el nacimiento de movimientos civiles, tienden a centrarse en proyectos sectoriales y nacen en el momento en el que se crea la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD).

Las **ONGD de tercera generación**, llegan con la teoría de la dependencia: el desarrollo de algunos se lograba gracias al subdesarrollo de otros. Desde el Sur se solicita un nuevo marco de relaciones para conseguir una mayor presencia.

En la década de los ochenta se cita la **cuarta generación de ONGD** y se describe el fenómeno del empoderamiento (*empowerment*), con el que se reclama una mayor presión política y el encargo de importantes investigaciones sobre el subdesarrollo.

La **quinta generación de ONGD** ha sido definida más recientemente y hace referencia al momento actual. Es un marco en el que se desenvuelven los enfoques deconstructivistas y se habla ya de post-desarrollo (Rist, 2002). Se rivaliza entre los conceptos de eficacia y legitimidad para basar el desarrollo y a la vez se devalúan ideales como la democracia y la libertad. El reflejo de esta etapa va a encuadrar mejor el debate que proponemos a continuación.

## SOLIDARIDAD POSMODERNA

El ocaso de la modernidad ha sido declarado por algunos filósofos como la apertura de un nuevo tiempo difícil de definir. La complejidad de los actuales procesos y la multiplicidad de factores alimentan una espiral que contiene las siguientes especificidades. Por una parte, la exaltación del individualismo, apoyado en la dinámica de mercado. Y por otra, la aceptación de una pluralidad radical que se rentabiliza socialmente como recurso para la participación y parte sustantiva de la idea utópica de democracia.

El distanciamiento de los postulados de la modernidad, de los máximos y absolutos del pasado abre una nueva etapa que Derrida denominó “deconstrucción”: la ruptura con todo lo anterior, con todo aquello que hasta ahora nos valía. En la posmodernidad, la unidad moral y los valores únicos e insoslayables han quedado hechos añicos. Resulta trasnochada también la concepción ética tradicional, entendida por la moral que busca los bienes internos a la propia acción. Hoy casi todas las conductas se explican por una razón

instrumental. Una razón que marca la acción y le da un sentido material. En esta fase de la historia nos columpiamos entre dos corrientes: el utilitarismo y el relativismo. El primero, no tendría valor sin la existencia del omnipresente mercado. Se comercializa con las marcas, con la política, con las relaciones sociales, con el pensamiento. La obtención de réditos por cualquier operación es la principal baza del pensamiento descrito por Stuart Mill. En la actualidad, la solidaridad no camina ajena a este ideal.

Y por otro lado, el relativismo. La desaparición de los fundamentos y las teorías universalizantes abre un campo de abstracción ilimitada. En la posmodernidad no hay nada absoluto, todo es modificable y objeto de discusión. Desinfladas las ideologías y las razones espirituales superiores, no resta nada imprescindible. La corriente relativista disuelve los valores y las convicciones morales al asumir la convivencia de los innumerables puntos de vista que se ofrecen desde las diversas culturas, e incluso desde cada uno de los individuos. Ante este panorama anárquico y desordenado, muchos teóricos apuestan por un nuevo consenso para la convivencia entre los ciudadanos que puede basarse en un acuerdo de mínimos y que denominan la ética civil.

En los últimos veinte años, la idea de solidaridad se ha visto muy envuelta en la corriente posmoderna y ha evolucionado hacia un modelo de solidaridad mediática, mercantil y permisiva. Se podría decir que la idea de solidaridad que parece encumbrarse de forma mayoritaria al primer escalón del éxito es lo que se ha venido en llamar “solidaridad de sillón”. La preeminencia de la vida privada, el individualismo y la parcelación de las costumbres vitales que realiza la persona son algunos de los factores que han favorecido el nacimiento de este tipo de solidaridad. Las ONGD han impulsado, influenciadas por sus acuerdos con empresas y medios de comunicación, una solidaridad de resultados inmediatos. Mientras tanto, la ciudadanía desea ayudar, pero lo quiere hacer con el mínimo esfuerzo. No se pone en cuestión la benevolencia de la sociedad, pero se extiende un tipo de solidaridad “epidérmica”, que no cala y sobre todo que no permite reflexionar. Como afirma Lipovetsky (1994), “Individualismo no es sinónimo de egoísmo: aunque se le haga cuesta arriba la retracción del yo, el individualismo no destruye la preocupación ética, genera en lo más profundo un altruismo indoloro de

“

**Las ONGD han impulsado, influenciadas por sus acuerdos con empresas y medios de comunicación, una solidaridad de resultados inmediatos. Mientras tanto, la ciudadanía desea ayudar, pero lo quiere hacer con el mínimo esfuerzo**

”

masas. (...) el individualismo posmoralista ha disuelto el ideal de renuncia completa y regular, sólo reconoce la dedicación limitada, principalmente en situación de urgencia, en situaciones excepcionales de vida o muerte”.

Aranguren (1998) enumera los modelos de solidaridad que se vislumbran en el panorama social actual y destaca en primer lugar la “solidaridad como espectáculo”; en plena época de la posmodernidad, la solidaridad se convierte en artículo de consumo y varía en función de las modas. La pasión por lo nuevo, se ha inclinado recientemente por el auge del consumo de la solidaridad. Es un movimiento que no contempla conflictos sociales, sino desgracias ocasionales. La solidaridad se vive como un sinónimo de mayor prestigio o estatus. La solidaridad, pasajera, ha de ir acompañada de bullicios, famosos, festivales que completen el evento. Este modelo de solidaridad encaja con lo que Lipovetsky denomina “altruismo indoloro”, un ejercicio que deja de suponer sacrificio y esfuerzo. La solidaridad tiene sentido si se me presenta agradable y me puedo sentir a gusto. La compasión se convierte en conmoción sentimental, porque desde los medios de comunicación se busca una rentabilidad en audiencia, espectadores que permanezcan atentos a la pantalla durante el mayor tiempo posible. Zuberó (2000), constata la disolución del compromiso personal, remitiendo el vo-

luntariado a la rutinización de la que hablaba Weber y descalificándolo como “un conjunto de actividades caritativas, asistenciales que sirven, en el mejor de los casos, de ilusoria compensación haciendo de la necesidad virtud, cuando no coartada objetiva para no profundizar en las exigencias de justicia y de transformación social”. Aranguren también se refiere a la “solidaridad como campaña”; fomentada en la desgracia ajena por los *mass media*, se garantiza la respuesta rápida desde las organizaciones. Por ejemplo a través de la ayuda humanitaria, que no resuelve las causas pero atiende a las urgencias. La solidaridad en forma de campaña atiende a la punta del iceberg, a las situaciones límite de hambruna, de refugiados, de víctimas sin hogar, de conflictos bélicos. Es una solidaridad que tiene principio y fin. Éticamente, nos encontramos con una solidaridad a distancia con una moral sentimental-mediática que consiste en estar en paz con uno mismo.

Pese a que no es el único modelo de vivencia de la solidaridad en la actualidad, es el mayoritario y en el que se ha involucrado la gran masa pasiva que recibe a los *mass media* en su casa. Las organizaciones tienen mucho que decir en la puesta en marcha de estas iniciativas, la expansión de este tipo de altruismo y la disolución del concepto de solidaridad.

#### **LAS ONGD EN EL CRUCE DE CAMINOS**

Las organizaciones no lucrativas que han nacido en los últimos cincuenta años lo han hecho en medio de un clima de irremediable discusión: o crecen o mueren. Esta disyuntiva es sinónima de la economía de mercado que arrasa con aquella organización que permanece inmóvil, que no extiende sus dominios, o no aumenta sus adeptos. En este interés por no desaparecer se promueven estrategias muy ligadas a las dinámicas de gestión de cualquier sociedad mercantil. Cada vez son más frecuentes –sobre todo en grandes ONGD– la adecuación de sus estructuras y movimientos a prácticas ligadas con procesos de mercado, en los que sus seguidores son tratados como clientes y los ideales que se transmiten en objetos de consumo.

Sin embargo, el paradigma desde el que partimos para poder entender el fin último de las ONGD nos conduce a su papel de ejes de la transformación social. Una realidad, hasta el momento injusta, que no permite un desarrollo humano en condi-

ciones de igualdad. Ésa es su verdadera razón de ser. La ética desde la que plantean sus intereses es el logro del bien común, entendido desde la comprensión del personalismo comunitario de Kant y la salvaguarda de los derechos y la dignidad del ser humano. La filosofía que rige este tipo de organizaciones va ligada a conceptos como la solidaridad y la justicia, sin mayores subterfugios ni recovecos.

En las ONGD se ha abierto desde hace algún tiempo un doble prisma de relaciones. Por un lado, la necesaria colaboración con los Estados, a quien se brindan para la gestión de la AOD a través de los proyectos de desarrollo. Y por otro, con las empresas, con las que abren convenios de colaboración con los que obtienen notoriedad y fondos.

Con la Administración, se establecen unas relaciones de colaboración que habitualmente corren el peligro de convertirse en dependencia y sumisión. Como indica García Roca, en el ámbito de lo social las organizaciones de voluntariado han sido desplazadas al papel de colaboradoras de las competencias estatales y a la gestión de las necesidades sociales por la vía de las subvenciones públicas. Es verdad que con este proceso se ha ganado en asunción de la responsabilidad pública por parte del Estado, pero también es cierto que se ha cortocircuitado con la capacidad de las organizaciones para defender un discurso crítico, autónomo y de marcaje hacia las acciones de los gobiernos. Como ha afirmado más de un teórico, últimamente da la impresión de que estas entidades han perdido la N de su acrónimo, por su vinculación reiterada a los gobiernos. Sin embargo, no todo lo relativo a esta interdependencia tiene tintes de abdicación frente a las instituciones. La colaboración con la Administración pública ha abierto también caminos de acuerdo y consenso sobre temas de calado. La presión que se realiza desde las coordinadoras de ONGD y la buena imagen que proporciona a los gobiernos la toma de ciertas decisiones de carácter social y humanitario (la paulatina aproximación al 0'7% del PIB para la ayuda al desarrollo) ayudan a que las relaciones entre ambos sectores también florezcan en determinados momentos.

Con las empresas la relación es diferente. El objetivo más importante que persiguen las empresas al colaborar con ONGD es la obtención de un rédito moral que incida en la percepción que la sociedad tiene de esa marca. La institucionalización de la Responsabilidad Social

“

**El dilema que se abre en el presente de las ONGD es grande. La maquinaria alimentada y crecida desde las décadas de los ochenta y noventa no está garantizada por un ejercicio de simple publicidad como el empleado hasta ahora**

”

Corporativa en uno de los puntos de los planes estratégicos de las grandes empresas y la proliferación de las buenas prácticas a través de políticas comunicativas conjuntas a las ONGD, por medio del marketing con causa, se convierten en los elementos más importantes del reciente noviazgo. En el fondo subyace la ética como instrumento legitimador de las acciones de unos y otros y la utilización que de ella se hace con un fin puramente instrumental. Especialmente, las ONGD buscan fondos de forma fácil y notoriedad en el espectro de la comunicación y la opinión pública. Los problemas que acompañan a este tipo de colaboraciones, sobre todo para las ONGD, son los relacionados con el alejamiento de su misión original para poder colaborar con ciertas empresas. Son muchas las voces que se alzan, a través de los códigos de conducta aprobados hasta la fecha, para que estas organizaciones no pierdan la esencia con la que nacieron y mantengan sus objetivos firmes. Para ello se han redactado apartados especiales en dicha deontología que abordan las relaciones ONGD-empresas. No siempre el interlocutor elegido para una hipotética colaboración responde al perfil y cumple los objetivos que defiende y persigue la organización (conservación del medio ambiente, condiciones laborales dignas, respeto a las minorías, etc.).

El dilema que se abre en el presente de las ONGD es grande. La maquinaria

alimentada y crecida desde las décadas de los ochenta y noventa no está garantizada por un ejercicio de simple publicidad como el empleado hasta ahora. Los proyectos con los que se ha adquirido un compromiso son muchos y la estructura originada a tal efecto sobrepasa los límites de lo actualmente abarcable exclusivamente mediante la buena voluntad. Hay que elegir. Hay que adoptar muchas decisiones que van a ocasionar un importante debate dentro de las organizaciones. Empezar uno u otro camino marcará los pasos en el futuro.

#### **RETOS DE LAS ONGD: LA PEDAGOGÍA Y LA PARTICIPACIÓN**

Frente a la estrategia de la inmediatez, de la obtención de resultados tangibles y de la visualización de los cambios se exige un giro que apoye el modelo en una dinámica de proceso. En nuestros días predomina en las grandes organizaciones una visión de la gestión que se acerca, cada vez más, al estilo de las lucrativas. Por lo que vamos a ver, en algunos casos, esta reordenación de las ONGD responde a motivaciones depurativas por posibles errores cometidos en el pasado. Sin embargo, a su vez se establecen signos procedentes del mercado y adquiridos por las ONGD como la denominación de los clientes, la satisfacción, las necesidades, el producto, el público objetivo y el marketing.

Como ya hemos comentado, los precedentes más recientes no han contribuido a potenciar una imagen que refleje la honradez y buen hacer de dichas organizaciones y han reabierto una crisis de credibilidad que amenaza con hacer perder la confianza a grandes colectivos que creía a pies juntillas lo que las ONGD les proponían. Estos hechos han puesto de relieve la necesidad de adoptar una serie de medidas. Justificadas por la implantación de una gestión transparente de las cuentas y la multiplicación de los profesionales en funciones que antes desempeñaban voluntarios, las ONGD se han echado en brazos de importantes consultoras que han proliferado en los últimos tiempos y que se han especializado en la realización de auditorías a organizaciones sociales

Uno de los autores que más ha profundizado en el actual papel de las ONGD es Erro (2002). Sostiene la existencia –fundamentado en un problema cultural– de una doble dimensión en las ONGD. Una primera dualización, entre su posición como parte del Sistema Internacional

de Ayuda y Cooperación al Desarrollo y su integración en el conjunto de fuerzas de resistencia al capitalismo global que luchan por construir otra globalización. Y una segunda dualización, entre la influencia que reciben por una cultura de mirada instrumental y la de aquellas que aspiran a vivir una cultura expresiva.

¿A qué denomina Erro cultura expresiva? A aquella que pone por delante los aspectos humanos sobre los económicos, pretende transformar la realidad existente en vez de insertarse en el mercado de la solidaridad, entiende la comunicación como medio y fin a la vez, adapta la mercadotecnia a la cooperación para el desarrollo y ve ésta como encuentro, mira las ONGD como canales de mediación, entiende la participación ciudadana como medio y como fin, aspira a construir una cultura de la solidaridad, concibe la fuerza voluntaria como mediación entre las ONGD y la sociedad, organizaciones poco centralizadas y con relaciones sólidas y no sólo contractuales.

Dos de los aspectos que más repetidamente se destacan en el nuevo rol que deben jugar las ONGD en esta coyuntura son la incentivación a la participación ciudadana y la educación. Ambos recuperan el sentido de estas organizaciones porque las enfrentan, de nuevo, ante su verdadera misión: la transformación de las injusticias acudiendo a sus raíces.

En la nueva ordenación que presenta nuestra sociedad en tres niveles (Estado, mercado y sociedad civil), las ONGD ocupan el espacio de la tercera plaza pero se muestran en una situación de clara desventaja. Para el miembro del Instituto Iepala, Carmelo García (1999), la sociedad civil organizada se encuentra emparedada—como un sándwich—entre la acción del Estado y la del mercado. Sin embargo, la sociedad (ciudadanía) cuenta con la legitimidad de ser “un poder diferenciado que reside en el pueblo organizado, de naturaleza ética y simbólica, sujeto detentador de la soberanía”. Por ello, se hace imprescindible la apertura de un proceso de fortalecimiento por parte la sociedad civil en el que se plantee el ejercicio del poder que le corresponde con una autonomía real, pero a la vez exigente. Las características del poder civil residen en su autoridad moral y en su comprensión ética de la sociedad. Ese empoderamiento que se exige a la sociedad rompe con el aletargamiento que está sufriendo y le concede ciertas dotes de mando. El canal que mejor encauza las capacidades de ese poder es la potenciación y el ejercicio de la participa-

“

**Las ONGD debieran abandonar, o por lo menos desactivar, tanta atención a los proyectos de desarrollo del Sur y encarrilar sus esfuerzos en la sensibilización y la transformación de las conciencias enrocadas de los del Norte. La mayor transformación se requiere en los países desarrollados**

”

ción ciudadana. Y en este ámbito las organizaciones, emanadas de la ciudadanía tienen mucho que aportar.

El concepto “participación” posee algunas características novedosas hasta el momento. Por ejemplo, la idea de compartir el poder, hasta ahora en manos de las administraciones (centrales o locales) de cada uno de los Estados. En segundo lugar, la percepción de que la construcción social se lleva a cabo desde la base, desde la propia sociedad. Y en tercero, que esta participación supone el fortalecimiento de un importante tejido social que puede ganar en un futuro en coordinación y decisiones compartidas por la mayoría de la ciudadanía. La participación de la ciudadanía se enfrenta de lleno con la actual tendencia absentista en el sistema tradicional (procedimiento electoral) de los países desarrollados, pero aporta el componente activo de la presencia política permanente.

La concreción de la participación de la sociedad civil supone saldar una deuda en el terreno de los derechos que se presentaban latentes. Además, eleva el grado de actor principal del ciudadano como agente de dimensión política, afianzando el espíritu de pertenencia a la comunidad. Y descentraliza las tomas de decisión de los grandes temas, hasta ahora asumidas por un poder omnímodo. Las ONGD po-

seen una fórmula que se presenta evidente para poder avanzar por ese camino: la educación y la transmisión de valores.

Las ONGD debieran abandonar, o por lo menos desactivar, tanta atención a los proyectos de desarrollo del Sur y encarrilar sus esfuerzos en la sensibilización y la transformación de las conciencias enrocadas de los del Norte. La mayor transformación se requiere en los países desarrollados. Por ello, las organizaciones tienen que explorar mecanismos creativos para poder desmontar, por ejemplo, el imaginario—con ojos del Norte—que sobre el Sur tenemos desarrollado en nuestras mentes. Como bien señala Erro (2002), las actuales funciones de las ONGD y el modo de transmitir a la sociedad sus objetivos son una cuestión cultural. Cultura entendida como definición de su identidad y delimitación de sus principales intereses.

■ **Juan Pagola**  
**Licenciado en Ciencias de la Información. Imparte las asignaturas “Valores sociales y derecho de la comunicación” en la Facultad de Humanidades y “Ética y medios de comunicación” en la Universidad de Deusto.**

## BIBLIOGRAFÍA

- Aranguren, L. A. (1998): *Reinventar la solidaridad. Voluntariado y educación*. PPC, Madrid.
- Carmelo García, J. (1999): “Fortalecimiento de la sociedad civil” en *II Jornadas de Voluntariado Social* (Hezkide Eskola), San Sebastián.
- Erro, J. (2002): *Guía: Comunicación, desarrollo y ONGD*. Hegoa (EHU-UPV), Bilbao.
- Giddens, A. (1999): *La tercera vía*. Taurus, Madrid.
- Lipovetsky, G. (1994): *El crepúsculo del deber*. Anagrama, Barcelona.
- Zubero, I. (2000): “¿A quién le interesa el voluntariado? La acción voluntaria, entre la satisfacción y la deuda”. *Pensamiento en Acción* nº2, Caritas, Madrid.